

Cuento 2014

2do. Lugar

Obra: Sin miedo a soñar

Autor: Silvia Maldonado González

Seudónimo: Águila Dorada

Municipio: Mante

# SIN MIEDO A SOÑAR

## 1. De donde surge el sueño de ser maestra.

María Luisa era una niña muy inquieta, más inquieta de lo que la moral y la disciplina de los años 70s permitía.

Su espíritu alegre y luminoso era escandaloso para aquella familia de clase media formada por 7 hermanos. La disciplina férrea impuesta por su madre era inquebrantable, y la apoyaba decididamente su padre al ver, con beneplácito, que sus hijos se formaban como hombres y mujeres de bien. Sus hermanos acataban órdenes y normas, obedecían y trataban de ganarse la aprobación del padre y de la madre.

Pero ella no podía- ¡qué difícil ser una niña sosegada y calmada!- ella no se sentía capaz de sentarse dos horas a repasar la lección ¡Fuera estaban los árboles, el columpio, el patio de juegos, las semillitas de los árboles que le servían para hacer collares, las mariposas que la esperaban para ser cazadas, las cercas que estaban ahí solo para ser saltadas, los frutos dulces de los mangos que colgaban como esferas rojas y amarillas para que ella los alcanzara!

Ella necesitaba correr, reír, jugar, saltar la cuerda, pintar! ¿Por qué los golpes y los regaños? Su mamá solo deseaba que ella fuera desdichada.

Además, la naturaleza que la rodeaba era para ser disfrutada. ¡Qué bello era irse a los riachuelos que abundaban en las cercanías de su casa! riachuelos rebosantes de agua fresca que los invitaba, (a ella y a sus hermanos a refrescarse y a nadar en las tardes de verano), ¡Qué bonito montar en la bicicleta y pedalear entre las veredas y los caminos que herían los plantíos de caña! En las tardes de paseo en bicicleta, disfrutaba regocijadamente del susurro del viento que cantaba entre las verdes y cortantes hojas de la caña.

El ingenio azucarero que estaba a 2 kilómetros de su casa, le daba las horas con un silbato sonoro, melancólico y triste (a las 7 de la mañana, a las 3 de la tarde, a las 11 de la noche). Ese silbato taciturno parecía querer acompañar la entrada sin ilusión de los trabajadores y la salida cansada que evidenciaba la rutina diaria.

Cuando su madre no la veía, ella agarraba la bicicleta para ir a esperar la salida de los obreros, mientras veía los camiones cañeros entrar cargaditos de caña al ingenio, y a los obreros salir con paso cansado y ropas sucias del trabajo. Más tarde, vendría su padre, moreno, chaparrito y saludador, pero ella ya no podía estar ahí para darle un abrazo y decirle que lo quería. Eso no sería bien visto en su casa: lo correcto era...

Las horas de la tarde, asediada por una madre acuciante que le obligaba a repasar las letras y a hacer las tareas eran insoportables. María Luisa no era muy consciente de su deber como niña educada. Los sueños le ganaban.

-¿Cómo dice aquí?- la volvía a la realidad la voz grave de su madre, el pellizco en el brazo, el golpe en la cabeza.... Dice a, es el 9, dice mamá, dice papá, dice El pájaro canta dulcemente, dice  $9 \times 8 = 72$ , es un medio es tres cuartos, dice que la Independencia...

Su madre la escuchaba sorprendida- ¿A qué hora había aprendido María Luisa a leer? ¿A qué hora aprendía conceptos, fechas y soluciones? Si solo estaba moviéndose, mirando hacia afuera de la casa, rascándose la oreja, jalándose el cabello o removiéndose la nariz. No ponía atención a nada, pero aprendía de manera sorprendente- chiquilla sinvergüenza-.

María Luisa aprendía cosas nuevas a cada instante, ponía mucha atención en la sala de clase, aprendía cuando sus hermanos estudiaban, aprendía cuando no estaba su madre reprimiéndola y aprendía en sus paseos de bicicleta. Ella aprendía en momentos de escucha, porque para ella era un placer estar con sus hermanos mayores y aprender de ellos.

Su infancia fue pasando solitaria y aislada, porque el carácter rígido y firme de su madre la alejó de sus hermanos, su madre - Marciana - no le permitía a sus demás hijos acercarse a María Luisa, porque, como decía ella, - un tomate malo echa a perder a los otros. Su madre no era mala, pero no sabía de bondad, de generosidad o permisividad, si de educar se trataba. Para Marciana, (doña Chanita) como le decían las vecinas, - la educación, la disciplina, las buenas calificaciones y el buen comportamiento, eran lo más importante. Para María Luisa lo más importante era ser libre, independiente y alegre. La vida era para disfrutarse.

La niña, entonces, se empezó a refugiar con su abuela paterna (abuelita Rita), que vivía muy cerca de su casa y que se dedicaba a hacer piñatas. Allí, ella desarrolló su creatividad y junto con su abuelita inventaban nuevas formas de piñatas, hermosas estrellas de colores brillantes para la navidad, figuras de pastores y borreguitos, princesas, leones, jirafas, héroes de caricatura (para las fiestas infantiles), figuras de frutas, máscaras y muchas cosas más que les pedía la gente para adornar las fiestas o para caracterizarse en obras de teatro y carnavales.

La escuela empezó a cobrar otro sentido cuando la niña cumplió 10 años y pasó al quinto grado con su maestra Dorita. Con el amor de la maestra empezó a sentir que en el mundo había afecto. Si, si, si... el amor existía y le llegaba como perfume dulce cuando se iba a cercando a su escuela.

Allí había magia, en aquel humilde salón de mesabancos binarios grises, con mapas pegados en las paredes, con láminas del cuerpo humano y de figuras geométricas. Había un encanto, el encanto de lo nuevo y de lo bueno.

Desde que llegaba, su maestra Dorita le enseñaba muchas cosas y ella las aprendía rápidamente. El sentirse querida y respetada, le daba a su pensamiento una gran claridad y le daba a la pequeña un sentimiento de valor que no había sentido jamás. Hasta ese momento ella siempre había pensado ( porque así se lo hacía sentir su madre) que no valía nada, que era mala, que su inteligencia no servía para aprender, que era una cabeza dura como le repetía su madre siempre.

Un día, en algún momento del quinto grado ella pensó- ¡Seré maestra!- seré maestra para querer a los niños y enseñarles con amor, como me enseña a mí, mi maestra Dorita.

## 2. La lucha por los sueños

Había terminado la secundaria. El último año había sido de intranquilidad y zozobra para la niña, porque no sabía cómo comunicarles a sus padres su decisión.

- Mamá, papá,- dijo, María Luisa una noche , mientras la familia cenaba sentada alrededor de una mesa de metal desvencijada y redonda , pero cubierta con un mantel limpio y florido, - quiero ser maestra-.

- De ninguna manera, dijeron, sus padres al unísono.

-Tus hermanos mayores están estudiando en la universidad (dijo doña Chanita) y nosotros, haciendo un gran esfuerzo económico, te podemos apoyar para que estudies una carrera digna.

Sus hermanos la miraban asombrados de su impertinencia y de su atrevimiento

- Mamá- ser maestra es digno.

-Tú puedes aspirar a más- dijo su padre.

- Pero quiero ser maestra!

- No lo serás- dijeron sus padres.

-Escucha, hija- le dijo su padre-, te vas a arrepentir cuando veas a tus hermanos triunfar en la vida como universitarios, mientras que tú eres una simple maestra... las maestras ganan muy poco dinero y su vida es bastante miserable...

- No me importa lo que gane, dijo María Luisa, solo quiero ser maestra.

- Fin de la discusión- dijo su madre. Presentarás examen para ingresar en la preparatoria y luego a la universidad.

-Fin de la discusión- pensó para sus adentros María Luisa: seré maestra.

Al finalizar el tercer grado de secundaria, María Luisa se informó por medio del directorio telefónico, el número de la preparatoria pedagógica que le allanaría el camino para entrar a la normal. Y supo, por el teléfono, cuando había que presentar el examen y cuál era el temario para presentar examen.

Estudió sola, motivada por la ilusión de lograr un sueño, y con ese equipaje se lanzó a ciudad Hidalgo, proyectada hacia el logro de su gran quimera, de su gran meta: ser Licenciada de Educación Primaria.

Llegó el gran día. El día del examen. María Luisa lo presentó y los pasó sin grandes problemas.

La suerte estaba echada y ella sería una maestra. No una maestra cualquiera. Sino una buena maestra.

2 años pasaron de preparatoria pedagógica y luego 4 años de aprendizaje básico para ser maestra, estudió técnicas y estrategias de enseñanza, formas de planear, formas de evaluar, filosofía, historia de la educación, matemáticas, aprendió a elaborar de

material didáctico, hizo muchas horas de práctica en el grupo y finalmente llegó el gran día de la graduación, acompañada de unos padres no muy convencidos y de algunos de sus hermanos, ella se sentía una reina al recoger su certificado de terminación de estudios.

## El sueño logrado

- Hay que ir al sindicato para que te den la plaza en un lugar que escojas- le informaron sus maestros y sus amigos.

- ¿Puedo escoger cualquier lugar?- preguntó María Luisa

- Sí - tu promedio te lo permite- le dijeron sus maestros. Cualquier lugar del Estado.

- No, yo me quiero ir lejos, muy lejos- dijo la joven con cara y alma de niña.

- No - le dijeron sus padres, somos como los árboles María Luisa, estamos aclimatados a un lugar, a una familia, a un espacio. Este es tu espacio. Si quieres ser una buena maestra y quieres dar mucho amor a los niños, como dijiste siempre, debes hacerlo cerca de tu tierra, donde están tus raíces. En tu estado que tanto quieres.

- No lo pensaba así la joven graduada- pero en un momento dado se dejó llevar por la necesidad de estar cerca de su familia y eligió un lugar cercano a su pueblo cañero, pensando en estar cerca de sus padres, de sus hermanos y de su tierra que tanto amaba.

Afianzada con su orden, se dirigió el primer día a la supervisión escolar, ubicada en un pueblo a una hora de su ciudad natal.

La recibió una maestra muy seria, bien vestida, sin lujos, con ropa sobria y de buen gusto.

Vengo a la escuela Benito Juárez, de esta ciudad, según dice mi orden. Ya fui a verla, es la escuela grande que está aquí cerca ¿verdad? Su mente se llenaba de pensamientos felices. Le gustaba la escuela, era una escuela muy grande, con amplios patios y canchas de juego y con muchos salones y ella se iba a dar clases: ¡¡¡ Se cumplía su ilusión de ser maestra, de enseñar niños, de tener compañeros maestros, de trabajar, de ganarse la vida!!!-

Todos esos pensamientos la llenaban de una imaginación nunca antes vivida. Su vida daba un vuelco y la situaba en una situación maravillosa, de cuento de hadas.

La voz grave de la supervisora la volvió a la realidad.

- Su escuela no será esa, maestra, el sindicato es quien decide que maestra o maestro viene a las escuelas del pueblo, los maestros nuevos deben irse a las escuelas alejadas a las del medio rural. Vuelva mañana y le daremos sus ubicación.

### 3. Su escuela

Dos días después, la joven maestra estaba puntual a la 7 de la mañana en la central de autobuses. Le habían dado la ubicación de la escuela donde debía dar clases.

- Es unitaria, le dijo su supervisora.

- Debe echarle muchas ganas, le indicó el secretario general. Usted será la maestra de la Escuela Ignacio Allende, del ejido Miguel Hidalgo, tiene un grupo de 20 niños de 1° a 6° grado.

- Los padres de familia son buenos, tienen mucha disposición y te apoyarán en lo que necesites- dijo la maestra Lucía, que era quien dejaba la escuela- cuando le entregó las llaves. Pero está difícil de llegar, vas a tener que bajarte en un lugar despoblado, donde está un árbol muy grande, de ahí.... María Luisa dejó de oír las explicaciones, su mente ya estaba soñando.

En la central de camiones de transporte rural le dijeron bien las señas. Yo la bajaré donde es el paso del río.

- ¿Del río?

- Si, va a tener que caminar hasta un río y ahí la pasan.

Media hora más tarde, después de un recorrido inquieto y saltarín, en un camino empedrado, el chofer se paró frente a un higuerón, un árbol alto, frondoso, con hojas brillantes y gruesas, pintadas de un verde oscuro, con un tronco retorcido y grueso. Una belleza de árbol.

- Camine por esa vereda y cuando llegue al río le grita a la señora de enfrente, se llama Blanca y ella la pasará.

María Luisa se bajó contenta. Aquella mañana de agosto era radiante, la vereda estaba bordeada de florecillas del monte y el rocío de la madrugada aún se exhibía brillante, insolente y fresco en redondas gotas que se acurrucaban en las hojas de la hierba.

Caminó ligera y entusiasmada, todo era nuevo.

A un lado de la vereda el sembrado de caña, al otro lado el patio enorme y sombrío de una casita rural, con gallinas y patos correteándose entre sí y el sonido gutural de los gruñidos de un cerdo, que la asustaron. Al frente, a lo lejos, una hilera de árboles y arbustos apretados le indicó que pronto llegaría al río.

- ¡Dios mío!- pensó al ver el río - ¡es inmenso!

Era un río ancho, muy ancho y caudaloso, profundo y de aguas revueltas.

- Blancaaa, Blancaaa- gritó María Luisa observando concentradamente a la casita de adobes y techo de paja que estaba enfrente de ella al otro lado del río.

- Ahí vamos- le contestó Blanca saliendo de su casita, va la niña.

- Una niña de 12 o 13 años salió encarrerada y subió a la panguita de madera, remó con fuerza río arriba, pero la corriente la jalaba, remando, remando logró llegar hasta donde la maestra la miraba asombrada.

- Súbase maestra- dijo la niña y en unos minutos estaban al otro lado del río, más abajo de la subida de la casa, por lo que tuvieron que caminar río arriba jalando la panguita.

La señora Blanca le ofreció un café aguado y tibio, con sabor a humo de leña.

- Mientras espera a Don Ramón- dijo la señora al ofrecerle el jarrito de café. Don Ramón es el comisariado ejidal de Miguel Hidalgo y viene en unos minutos por usted.

- ¿Por mí?- preguntó María Luisa, extrañada. No sabía que había un enlace de comunicación entre la supervisión escolar y el ejido.

- Si, para llevarla a la escuela.

- ¿Está muy lejos?

- No - dijo Blanca. Son unos 4 o 5 kilómetros. Se puede ir caminando. Se va a ir caminando todos los días, solo hoy vienen por usted.



Se oyó el relinchar de un caballo afuera, se oyeron los cascos del caballo detenerse, se oyó a Don Ramón saludar.

- Buenos días, Blanca, maestra buenos días, vámonos rápido, que tengo que ir a la labor y el sol quema si me voy tan tarde.

Subirse a un caballo, no era algo que hubiera esperado, pero lo hizo expectante y sin miedo. Aunque le pareció un animal muy grande e imponente. Ella solo los había visto en los cromos o en las películas.

Don Ramón le fue indicando como llegar al ejido. Aunque ella no ponía mucha atención a las palabras del hombre, se deleitaba con la trova del viento entre las hojas de las cañas, con el olor dulzón de los tallos azucarados, con las nubes que flotaban en el azul del cielo y con la ilusión de tener unos niños a quien enseñar y a quien amar... Pronto los vería.

Unos kilómetros más adelante empezó a ver las casitas del ejido, una y otra en grandes patios, con casitas pequeñas y ásperos matorrales. Patios de arena amarilla – tierra de barrote, maestra- le dijo Don Ramón, buena para el crecimiento de maleza.

La escuela enfrente.

2 aulas de concreto, levantadas a metro y medio del suelo, con unos escalones para subir y bajar.

- ¿Porque está la escuela tan alta Don Ramón?- Preguntó extrañada.

- Por las inundaciones, fue la respuesta escueta del señor que ya mostraba prisa por irse a la labor.

Alejada de la escuela, pero en el mismo gran patio estaba la casita del maestro, muy humilde, construida con paredes de adobe y con techo de lámina. Atrás un sembradío de maíz, con plantas de calabaza enredándose entre los tallos del maíz.

20 niños de edades entre los 6 y 13 años la esperaban, y algunas madres de familia

Surgió el terror.

¿Cómo organizar a los niños? ¿Cómo darles clase de primero sexto grado? ¿Qué les iba a enseñar?

Una maestra sola, de 21 años, con ilusiones y sin técnicas. Con anhelos y sin estrategias. Acompañada de soledad e inexperiencia.

- Buenos días - saludó a los niños y a las madres que la esperaban.
- Buenos días- le contestaron.

Ya estaban ahí los libros y los programas de estudio.

- Empezaremos hoy mismo- dijo María Luisa, después de las presentaciones de rigor.

Los niños se quedaron, las madres se fueron.

Y de esa manera empezaron los meses del fracaso.

Ese año María Luisa supo lo que era la ansiedad de enfrentarse a la práctica docente.

Una maestra que inicia sus labores como docente, jamás debe estar en frente de alumnos de primero a sexto grado. Ser maestra de un solo grado, es difícil. Ser maestra de 6 grados es desgastante, cansado y tensionante y los resultados pueden ser desastrosos.

De septiembre a diciembre aquella maestra- jovencita e inexperta, hizo lo que pudo, dividió la escuela en dos turnos. De 8 a 13 y de 13 a 18 horas. No le importaba comer o descansar. Le importaba salir adelante con la carga que se le había impuesto.

Los sueños se le rompieron y se cubrió con la sombra del desengaño y la frustración.

Empezaba un Plan de Estudios con nuevos programas que plasmaban la idea de un cambio sostenido en donde el maestro dejaba de ser el transmisor de conocimientos para empezar a considerar al alumno como constructor de sus propios conocimientos. El alumno como eje central del proceso educativo.

En esos momentos María Luisa, agradeció a su madre -Doña Chanita- la disciplina impuesta. Supo, en un instante, que el triunfo o el fracaso se labran con acciones. Que para salir adelante había que analizar, estudiar, reflexionar y disciplinarse y sobre todo trabajar muy duro.

Y recordó algo más importante aún, el amor y el respeto que los adultos deben tener por los niños era lo que la había impulsado a ser maestra. Ese sería el eje vertebral de su actuar.

Se metió en los niños, acumuló conocimientos (no de los conocimientos descritos en los planes y programas de estudio y sus sustentos teóricos) sino de lo que decían los niños en sus necesidades de atención, de amor y de crecimiento intelectual.

Recordó su infancia triste y enlazó lo bueno con lo malo, mezcló disciplina y amor, alegría y trabajo, atención y dedicación, pero le faltó hacerlo práctico y aterrizar estrategias eficaces.

Sus alumnos del primer grado no aprendieron a leer en esos 4 meses.

Al decir diciembre, en una reunión sindical se enteró de que una maestra nueva venía como aumento a la zona escolar. Rápidamente solicitó que la enviaran al ejido Miguel Hidalgo.

- No - contestaron autoridades educativas y sindicales, debe tener al menos treinta alumnos.

- Han llegado 7 alumnos en estos meses maestra- le dijo María Luisa a la supervisora.

- Deben de ser 30 al menos.

- Serán 30- pensó María Luisa. No sé de dónde voy a conseguir tres niños, pero serán 30.

La siguiente semana reunió a todos los niños en el turno matutino y en las tardes se fue a indagar donde podría conseguir más niños.

- Más adelante hay un ejido, y ahí hay unos niños que venían aquí, pero como sus papás los necesitaban para ayudar con la labor, pues los sacaron, maestra, pero tal vez los vuelvan a meter a la escuela porque usted ya está dando clases de tarde.

- El lunes siguiente 4 niños de piel tostada y caras serias se presentaron en la escuela, a la una en punto de la tarde.

- Bienvenidos, saludó la maestra contenta, antes de iniciar su tarde de clases a “ los niños grandes”

- En la semana siguiente, una nueva compañera - Cristina Laura- la acompañó sobrecogida de terror al cruzar el río. Ella se había resistido a ir a encerrarse en aquel ejido; sin embargo María Luisa la convenció prometiéndole que saldrían todos los días a la ciudad, que ningún día se quedarían ahí, porque, finalmente con dos maestras los grupos se atenderían en un solo turno.

- Es que no sé nadar - se lamentaba Cristina cada día. Y se arrinconaba encogida y espantada en la panguita azul de Blanca que se mecía peligrosamente mientras cruzaban. Aún más en tiempos de lluvias.

María Luisa la había tranquilizado diciéndole que ella se aventaría a salvarla en caso de volcadura de panga, pero en el fondo se divertía con la situación, sin temer nada, con la seguridad de que nunca sucedería eso.

En aquel frío mes de Enero en que el aire les cortaba la cara y les congelaba los pies mientras caminaban hacia el ejido, ellas platicaban de la organización escolar, del grupo, de los métodos de las estrategias, de las necesidades específicas de cada niño, y de los sueños.

Sin embargo ya estaba más tranquila pues los tres años de experiencia de Cristina y sus amables consejos, le habían apoyado para poder sacar adelante el problema de la lecto-escritura. Con la paciencia de Job, la maestra les ponía ejercicios diversos, los acercaba a los textos, les leía diariamente y los apoyaba incondicionalmente dándoles algunos de sus sábados. Y de repente ¡El milagro! Al decir mayo, los 5 alumnos del primer y segundo grado, ya leían.

- Yo voy a pedir mi cambio pronto- dijo Cristina una día mientras hacían la alegre caminata diaria para llegar al ejido, lo que sobresaltó a María Luisa. A ella nunca le había cruzado por la mente la idea de cambiarse.

En esas caminatas diarias, Cristina Laura le empezó a hacer ver lo importante que era cambiarse, estar en la ciudad, en la casa de sus padres, tranquila y sin sobresaltos.

María Luisa iba a ver seguido a la maestra Dorita - su maestra del quinto grado- para llevarle alguna bolsita de elotes cocidos, de calabacitas tiernas o de chicharrones de pescado, que les compraba a las madres de familia expresamente para eso. Ella, también le aconsejó que se viniera a la ciudad.

- Para que sigas estudiando en las tardes, para que ya no viajes, para que estés con un solo grado.

- No - Voy empezando y quiero cumplirme el sueño de ser una buena maestra- le había contestado María Luisa.

- Puedes serlo en cualquier lugar.

- Si, maestra, pero la gente del ejido es muy buena y los niños están aprendiendo, y yo con ellos. Creo que puedo apoyar a la comunidad. La comunidad necesita alguien que se quede ahí, que conviva con la gente, que impulse a los niños a cumplir sus sueños, como yo cumplí los míos.

-

#### 4. Un nuevo ciclo escolar.

Un nuevo año escolar.

El primer día de clases, una maestra solitaria se baja de un autobús desvencijado, que la deja bajo un higuerón hermoso e imponente.

María Luisa había rechazado el cambio de adscripción que le habían ofrecido a ella y a su gran amiga Cristina Laura.

Cristina Laura era ahora una maestra de grupo de escuela urbana.

No le importaba ir sola. Con la misma alegría con la que el sol ilumina cada día, así iba María Luisa. Contenta y confiada. Iba cargada con una maleta en la que llevaba la ropa de la semana. Los libros ya los había ido llevando hacía una semana y el quinqué que le servía para leer en las noches estaba lleno de petróleo, allá en la casita del maestro.

Nada más hermoso que ser recibida por los niños chiquitos en la mañana, que ya la esperaban con algún tamal de elote salado y picante, una taza de café que le había mandado alguna madre de familia o algún pan casero, rico y calentito.

En la tarde. Recibía a los niños grandes. Y un aula se quedaba vacía.

- Algún día le daré utilidad- Se dijo María Luisa.

Ya estaba completamente adaptada a la comunidad cuando decidió, de acuerdo con las autoridades hacer un concurso de jardines y cercas de la casas.

La comunidad aceptó entusiasmada y se propuso un premio económico para los tres primeros lugares, que se sacaría del dinero de la parcela escolar.

En tres meses, el aspecto del ejido cambió. Los jóvenes, los niños, los señores y las amas de casa, limpiaron los patios, sembraron plantas floridas. Barrieron las calles y blanquearon con cal los troncos de los árboles y las cercas. Se acordó que el concurso será anual y que la conservación de los jardines y su cuidado sería el elemento principal para evaluar.

El ejido tenía ahora un nuevo aspecto. Limpio y alegre.

Empezaba sus clases con un rostro satisfecho y feliz, sabiendo que lo más importante para poder enseñar, era iniciar el día con un saludo lleno de sonrisas para sus niños y que, para que ellos pudieran seguir aprendiendo lo importante era saber leer muy bien, por lo que empezaban el día con unos minutos de lectura, que variaban de acuerdo al interés que sus niños demostraban por el texto del día. Los alentaba en sus éxitos y los impulsaba en sus errores, la autoestima de cada niño era muy importante para la maestra, sus cuadernos estaban llenos de notas como: “eres excelente”, “tú puedes lograrlo”, “échale ganas”, y “lo haces muy bien”.

Cada día que pasaba, era para la maestra un reto. Sacar de los niños lo mejor de sí mismos. Hacerles sentir que eran valiosos y que podían aspirar a más, siempre a ser mejores cada día.

Por las tardes, en los tiempos de verano, se iba con algunas amigas jóvenes (vecinas de la comunidad) al río, donde chapoteaban y nadaban hasta que las manos se les arrugaban, o se iban a las parcelas a cortar elotes y los asaban en fogatas que hacían de la leña que encontraban bajo los árboles. A veces salía simplemente a caminar por las veredas bordeadas de cañaverales o de maizales donde disfrutaba de las puestas de sol.

Fue en una de esas idas al río que sucedió la catástrofe.

La hermana de una de las muchachas, había ido a verlas chapotear y cuando ellas se retiraron, la niña se aventó de una roca imitando los clavados de la maestra y sus amigas. Un pescador alcanzó a ver a la niña y notó que no salía a flote, se aventó a rescatarla pero con la mala suerte de que, al tirarse había golpeado con una roca y se había fracturado la columna.

Aquella niña - Lupita- no volvió a caminar.

Los padres de la niña sufrieron una gran congoja al ver a su hija paralizada, sin poder hacer nada.

- Se ha convertido en una persona inútil- pobre hija nuestra, - decían.

- No – les dijo María Luisa, no vean esta situación como un problema sino como una oportunidad para vencer a la adversidad.

- A usted se le hace muy fácil decir eso- dijeron los padres, pero no es tan sencillo maestra, nuestra Lupita no quiere saber de la vida. Se la pasa llorando y lamentándose. Ella era una niña muy alegre y libre.

La maestra recordó su infancia, y recordó también las tardes con su abuelita Rita, haciendo piñatas. ¡Piñatas! El siguiente lunes la maestra entró al ejido cargada de rollos de papel crepé y de papel metálico de bellos colores.

- Sería bueno que le trajeran carrizo del río, les dijo a los papás de Lupita; y papel periódico viejo. Empezaremos una nueva empresa: haremos y venderemos piñatas.

A partir de aquellos días las vecinas se reunían en las tardes calurosas, en el salón segundo de la escuela para platicar y elaborar piñatas. De esa manera hacían algo productivo y acompañaban a Lupita, quien de manera inmediata se entregó con entusiasmo a su nueva labor.

Dos cosas muy buenas sucedieron en el ejido en aquel año: en la loma, a un kilómetro del ejido, se empezó a construir el puente que enlazaría 2 municipios divididos por el río y lo más importante para la maestra y para la comunidad: entraría la luz eléctrica.

Las grandes ventajas: que los niños del ejido Miguel Hidalgo estarían más comunicados con la ciudad y con el mundo, por la televisión y la computadora y el transporte, que entraría en el ejido.

Para motivarlos a desear ir más allá del trabajo agrícola o de las labores del hogar la maestra enseñaba a sus niños cromos de lugares lejanos, les platicaba cuentos de niños que imaginaban cosas fantásticas y que luchaban por conseguir sus sueños, y con el tiempo y con el puente terminado, la maestra se atrevió a planear un viaje a la cercana ciudad.

Poco a poco convenció a los padres de familia que tenía camionetas de llevar a los niños a la ciudad.

En la ciudad, (mientras los dueños de las camionetas se surtían de mandado y de herramientas de labranza), la maestra los llevaba a la plaza en donde les hablaba de arquitectura, del diseño de las ciudades, de los negocios del centro de la ciudad, de la importancia de las comunicaciones para el comercio y para la agricultura. En otra vuelta los llevaba a la biblioteca donde leían, aprendían a buscar información, usaban las computadoras. Los llevaba al Ingenio, para que vieran el proceso de elaboración del azúcar, a la fábrica de refresco, al basurero municipal, a las tiendas, y en algunas ocasiones al cine. En cada lugar que visitaban la maestra trataba de inculcar en los alumnos la conciencia del cuidado al medio ambiente, los valores, la curiosidad como reto a vencer, la importancia de comunicarse a distancia para estar enlazados con el mundo y la necesidad de leer para aprender.

Los años transcurrieron...

La maestra ya no era la joven de 21 años que algún día había llegado ansiosa y expectante a aquel ejido pequeño. Sin embargo el amor a los niños y la fe en la educación, crecía en ella cada día y la hacía sentirse tan joven e ilusionada como el primer día.

Un joven del ejido (Fernando), quien era dueño de una parcela y de un camión cañero, empezó a cortejarla. Era un hombre de estatura regular, delgado, moreno, de cara ancha y sonrisa abierta. Su educación y su preparación distaban mucho de acoplarse a las características culturales que hubiera deseado María Luisa, sin embargo, la maestra supo ver en él cualidades y valores que le hicieron considerar sus atenciones. Fernando la había amado en silencio sin atreverse a confesarle sus sentimientos, desde hacía varios años. Pero, una tarde, en que la encontró sola en aquellas caminatas que daba más allá del ejido, entre los cañaverales, le confesó su amor, y unas semanas más tarde recibía la aprobación de la maestra.

Los pobladores del ejido Miguel Hidalgo recordarían siempre con beneplácito las largas caminatas que daba la pareja en los caminos alledaños al ejido, bordeando el río, buscando huitlacoques, buscando elotes tiernos que luego traían para hacer los dulces tamales de elote molido.



Esas fueron las épocas felices de la pareja, antes de que, en los días previos a la boda, el camión cañero de Fernando se volteara por el exceso de peso y él perdiera la vida.

Esos fueron meses tristes y oscuros de la maestra, se llenó de dolor y desconsuelo y los niños ya no eran capaces de hacerla sonreír. Trató de cambiarse a la ciudad para olvidar a Fernando, pero el cambio era algo que no iba a lograr rápidamente. Los pobladores del ejido y los familiares de Fernando no se le acercaban porque sabían que el dolor no era mitigable con nada, le dejaron al tiempo esa labor. Y el tiempo en su lento caminar y con su sabiduría silenciosa y ancestral, permitió que María Luisa, pausadamente, llegara olvido y la resignación. Y finalmente, su carácter alegre y servicial le ayudó a vencer a la tristeza.

Ella había aprendido con los años a enfrentarse al el fracaso y a vencerlo con ideas positivas. Decidió quedarse en el ejido como una muestra de su cariño por Fernando. No buscaría su cambio. Sus alumnos serían el cariño que le diera sustento a su vida.

Con el tiempo y la juventud que ella tenía, María Luisa hizo a un lado el dolor y volvió a concentrarse, como siempre, en los alumnos.

Pasaron los años...

La maestra se esmeraba para estar al día de los cambios que se sucedían en los planes y programas. Los fines de semana estudió computación en su cercana ciudad natal y se propuso ingresar las tecnologías al ejido. Lo que logró un hermoso día de junio. Cuando el Programa *"Generación Virtual"* dotó a sus escuela de 14 computadoras con software integrados para aprender inglés, matemáticas interactivas y español.

Aquel día el ejido entero se vistió de fiesta para recibir a las autoridades educativas que venían a inaugurar la sala de cómputo y para ver los cambios que se habían hecho en aquella comunidad, con aquella maestra extraña que se había quedado ahí para vestir santos y educar chamacos.

El camino principal, (en realidad la única calle del ejido) estaba adornada con banderitas de colores y con piñatitas coloridas elaboradas por Lupita y las vecinas. Y los 16 niños que ahora formaban la comunidad escolar estaban en doble fila.

María Luisa se veía radiante.

Sabía lo que significaba para sus niños el ingreso de la tecnología en la comunidad. Sabía que el enlace y la comunicación con niños de otros lugares los acercaría mucho al progreso y a la superación.

## Año de lluvias

Aquel nuevo ciclo escolar inició lluvioso.

El cielo de agosto se pintó de gris oscuro aún en las mañanas... durante todo el día.

La maestra sabía que en esos días era muy difícil abandonar el ejido. Las calles estaban lodosas y el río se crecía. Aunque ya no cruzaba el río en la lancha, ella aún salía del ejido a pie, caminando un kilómetro hasta el puente, a donde ahora llegaba el autobús de pasajeros. Pero el kilómetro que debía caminar ahora estaba intransitable con la lluvia, por lo que ese primer fin de semana decidió quedarse.

El aguacero arreció el sábado. En el techo de lámina de la casita del maestro, la lluvia se oía como si una cascada de río se volcara sobre ella.

Por las varillas que servían de protección a su ventana, la maestra vio la noche caer sobre su casa rodeándola no solo de oscuridad sino de agua enlagunada que se acercaba a la entrada de la casa de forma peligrosa. Se acostó inquieta, tratando de ahogar su intranquilidad con la lectura de su libro favorito y deseando que aquella agua torrencial parara.

Los gritos de los vecinos la despertaron de madrugada.

- ¡Vámonos maestra, se acerca la crecida del río
- ¡Vámonos, maestra!
- ¡Las computadoras- gritó María Luisa y pensó
- Las computadoras!- ¡Voy a subir a los mesabancos las computadoras!
- ¡No maestra, deje las computadoras, vámonos! ¡Vámonos! - Le gritaron los

vecinos cuando la vieron correr de la casa del maestro hacia la escuela.

Las computadoras que le habían llegado en junio aún estaban en las cajas. Las mesitas con que el programa dotaba a las escuelas, no habían llegado todavía, por lo que las máquinas estaban en el suelo.

María Luisa no escuchó la alerta. Salió de su casita del maestro corriendo hacia la escuela mientras la avenida provocada por las lluvias levantó las aguas del río con tal rapidez que ya no le fue posible llegar.

## Adiós maestra

El viento que acaricia la loma tiene ahora un murmullo de tristeza.

Los vecinos del ejido levantaron un pequeño jardín en lo alto de la loma, a un lado de donde construyeron el puente.

Unas bancas rústicas elaboradas con troncos, la rodean. Y el pasto crece verde y hermoso. Los rosales multicolores le dan un aspecto alegre.

En el medio del jardín está un rectángulo de cemento gris con dos palabras resaltadas: "Gracias maestra".

Unos árboles, que pronto darán sombra a las bancas y al jardín, están apenas asomando su grandeza.

Pero para María Luisa no hay mejor regalo que un ejido limpio, con jardines que alfombran los patios, con gente laboriosa y con niños y padres de familia capaces de valorar y pretender la maravilla del conocimiento.

22 de marzo del 2014

**SEUDÓNIMO: ÁGUILA DORADA**